

DESCONOCIDA
BUENOS AIRES
HISTORIAS DE FRONTERA



A

LEANDRO VESCO

**DESCONOCIDA
BUENOS AIRES**

HISTORIAS DE FRONTERA

 *Editorial El Ateneo*

Vesco, Leandro

Desconocida Buenos Aires : historias de frontera / Leandro Vesco. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2019.
304 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1021-8

1. Crónica de Viajes. 2. Turismo. 3. Naturaleza. I. Título.
CDD A863

Desconocida Buenos Aires. Historias de frontera

© Leandro Vesco, 2019

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Fotografía de tapa: Carlos Desch

1ª edición: noviembre de 2019

ISBN 978-950-02-1021-8

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2019.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
---------------	----

PUEBLOS ENTRAÑABLES

PIÑEYRO, UN PUEBLO REFUNDADO POR UN CLUB	19
GERMANIA, UN PUEBLO MODELO DE LA FRONTERA.....	23
ARROYO VENADO, EL PUEBLO DEL ÁRBOL SOLO.....	27
ERNESTINA, UN PUEBLO QUE NO QUIERE DESAPARECER	31
VILLA LÍA, UN PUEBLO ABIERTO	37
PIPINAS, UN PUEBLO QUE LATE AL RITMO DE SU COOPERATIVA	41
SAN EMILIO, UN PUEBLO PEQUEÑO QUE SE DESPEREZA	47
APARICIO, DONDE UNA ESCUELA ES EL MOTOR DEL PUEBLO	53
SANTO DOMINGO, UN PUEBLO DONDE FABRICAN AGUA	57
TRES PICOS, UN PUEBLO QUE VIVE DEL SOL	61

MUJERES DE TEMPLE BONAERENSE

LAS FABRICANTES DE ALFAJORES DE ESTAFUL QUE ENDULZAN A UN PUEBLO.....	67
STELLA MARIS Y LAS MERMELADAS DE LAS FLORES.....	71

DOÑA IRMA Y SU HOTEL DE PUEBLO	75
KARINA GRAFF, LA DIRECTORA DE LA ESCUELA QUE MANTIENE VIVO A UN PUEBLO.....	79
MÓNICA TORTONE, LA MAESTRA QUE VIVE SOLA EN LA FRONTERA	83
JUDITH CALDIROLI, LA BAILARINA QUE FUNDÓ UNA BIBLIOTECA EN UNA CANCHA DE BOCHAS	89
BETINA ÁLVAREZ Y SU PANADERÍA DE HORNO A LEÑA QUE PERFUMA A PELLEGRINI	95

PULPERÍAS Y ALMACENES QUE SACIAN EL ALMA

LA MONTAÑA, UNA TAPERA QUE RENACIÓ COMO PULPERÍA	101
BOCAYUVA, LA PULPERÍA DONDE EL GAUCHITO GIL Y JESÚS SE DAN LA MANO	107
LO DE GUTIÉRREZ, EL ALMACÉN DE RAMOS GENERALES SOBREVIVIENTE.....	111
CASA GALLO, EL ALMACÉN QUE LE GANA AL MUNDO MODERNO ...	115
ALMACÉN VULCANO, LA ESQUINA QUE FUNDÓ A UN PUEBLO ..	119
LA PULPERÍA BICENTENARIA DE MAR CHIQUITA.....	123
ALMACÉN SAN FRANCISCO, EL BOLICHE DE ADOBE CON ALMA COMUNITARIA	129
EL CRISOL, UN ALMACÉN DE CHAPA CON HISTORIAS.....	135
SOL DE MAYO, UNA PULPERÍA CON ALMA NACIONAL	141
PULPERÍA DE PAYRÓ, UNA ESQUINA DONDE LOS SENTIMIENTOS MANDAN	147
MIRA-MAR, LA PULPERÍA DE CUATRO GENERACIONES	153
MAURICIO HIRSCH, VIEJO ALMACÉN DE LOS NUEVOS PIONEROS	157

SANAR LA TIERRA

LAGUNA LA PETRONA, EL NACIMIENTO DE UN NUEVO PARAÍSO	163
GRANJA EL PEHUENCHE, LA RESISTENCIA AGROECOLÓGICA	167
HUERTA PRIMITIVOS, UN ARCA DE NOÉ DE VERDURAS EN PIGÜÉ	171
ADELMAR FUNK, EL HOMBRE QUE PROTEGE A LOS ANIMALES EN AMÉRICA	175
KURACHE, EL HOSTEL ECOLÓGICO DE TANDIL	181
YAMAY, UNA PROPUESTA DE PERMACULTURA EN LA PAMPA FLORENSE	185
CHURRINCHE, EL HOSPEDAJE QUE QUIERE SER RESERVA NATURAL	191
LAGUNA LA SALADA, EL OASIS DE LOS ATARDECERES INOLVIDABLES	195
SALLIQUELÓ, EL PUEBLO GRANDE QUE SUEÑA CON ÁRBOLES	199
OSCAR PAGLIAI, EL MECÁNICO QUE DECIDIÓ DEDICARSE A LA HUERTA	205

PERSONAJES Y DESTINOS CON ENCANTO

JOSÉ SCHWAB, UNO DE LOS ÚLTIMOS HERREROS ARTESANALES	211
PONTAUT, EL PUEBLO ORGULLOSO DE SU PRESENTE.....	215
HOTEL RUTERO EL BOSQUE, UN PUERTO EN TIERRAS DE PELLEGRINI	219
ENERGÍA, EL PUEBLO DONDE UNA ESCUELA RECUPERÓ LOS SUEÑOS	223

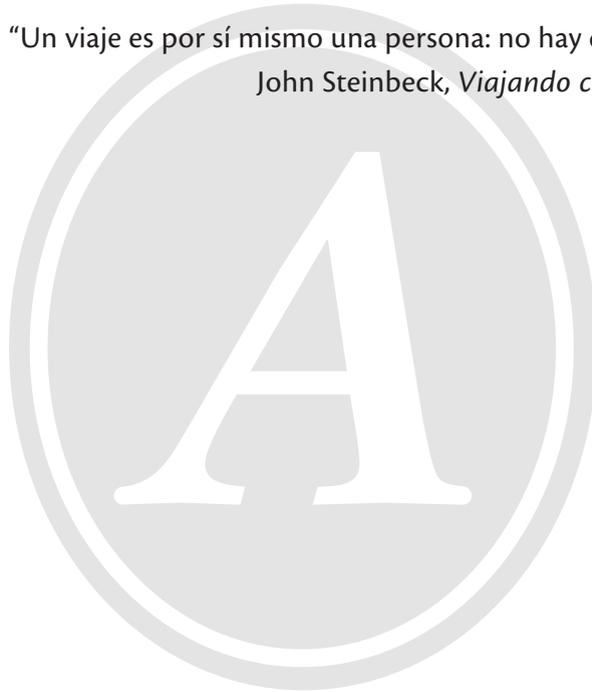
MOCTEZUMA, LA CUNA DEL TORO MOURAS	227
EL TRIGO, DONDE VIVEN FELICES 50 HABITANTES	233
MINGO SILVERA, EL JINETE DE CURA MALAL	237
TERMAS DE LURO, AGUAS ROJAS QUE CURAN	239
EL MONASTERIO BIZANTINO DE PIGÜÉ, DONDE EL TIEMPO SE DETUVO EN EL AÑO 1000	245
BORDENAVE, UN ESPACIO DE ENCUENTRO ENTRE LIBROS Y LECTORES	251
JOSÉ OREJAS, EL HIJO DILECTO DE NECOCHEA	255

BODEGONES Y COCINA CASERA QUE ALIMENTAN EL CORAZÓN

LO DE TARUGO, UN BOLICHE DE AMISTADES ETERNAS.....	261
BODEGÓN RUTERO DE CHICOTE, ANTIGOURMET Y ABUNDANTE	265
EL POLACO, UN BOLICHE DONDE EL CÓDIGO ES DISFRUTAR	271
PUESTO EL 17, DONDE LOS CERDOS DAN LA BIENVENIDA	275
ALEMANES DEL VOLGA, UN BAR DONDE SE REFUGIAN LOS RECUERDOS	279
DON PASCUAL, EL COMEDOR DE CAMPO DE UN PUEBLO PERFECTO	283
GONZALO FUENTES, EL HOMBRE QUE APUESTA POR LOS PEJERREYES	287
BAR EL CERRO, EL REFUGIO DE LOS PICAPEDREROS	291
POSTA PAMPA, LA FAMILIA DE LOS SALAMES PERFECTOS	295
FREDY FÄSSLER, GUARDIÁN DEL SECRETO DEL QUESO GOUDA ..	299

“Un viaje es por sí mismo una persona: no hay dos iguales”.

John Steinbeck, *Viajando con mi perro*



PRÓLOGO

Apenas terminé de leer esta nueva joya de Leandro Vesco, le escribí para preguntarle si conocía la cantidad de kilómetros recorridos en Buenos Aires desde que empezó con esta aventura necesaria de visitar los pueblos más remotos de la provincia. Tardó unos instantes y me dijo que había perdido la cuenta: los caminos andados ya entraron en la dimensión de lo inconmensurable.

Pero aunque haya perdido la cuenta de las distancias y horas recorridas, no ha perdido la huella. Todo lo contrario. Su gran mérito es que se animó a volver a los lugares de donde nunca nos deberíamos haber ido y se encontró con un tesoro viviente que entrega generosamente en forma de libro con relatos entrañables, historias llenas de poesía, comidas caseras, vivencias únicas y emociones varias. Este tesoro está compuesto por las vidas que habitan los lugares donde no quedó casi nadie. Pero están allí. ¡Son almas que viven, sienten, rugen, sueñan, resisten!

Este nuevo viaje por la desconocida Buenos Aires requiere entusiasmo, creatividad, espíritu aventurero, hacerse amigo del silencio y paciencia infinita para sortear autopistas, rutas, calles y caminos que no siempre están en las mejores condiciones. Y hace falta además un instinto curioso, capacidad de asombro, escucha comprometida, buen paladar y ganas de que te esperen y te reciban en cada pago con los brazos abiertos. Leandro Vesco tiene todos esos dones y habilidades que se suman a la capacidad de un relato claro, llano, cálido, que hace de cada visita o de cada encuentro una historia única.

Este libro también es una guía imprescindible para desviarse de la ruta y entrar en la dimensión de lo desconocido, como un GPS a los pequeños destinos con vecinos gigantes que nos están esperando en el horizonte. Se puede leer en orden pasando por los “Pueblos entrañables”, “Mujeres de temple bonaerense”, “Pulperías y almacenes”, “Sanar la tierra”, “Personajes y destinos con encanto” y “Bodegones y cocina casera”, o bien al azar: el maravilloso encanto de abrir el libro en cualquier página y encontrarse con la prosa viviente de Leandro, que se atreve a pintar con palabras otras aldeas que estoy seguro termina haciendo propias simplemente porque se enamora, y el amor no se explica: el amor sucede.

Si me dan a elegir empiezo por la sección de las mujeres que son, en la crónica del autor, una gota de miel sobre el paraíso bonaerense. Es una invitación a probar los alfajores cuadrados de las tres hermanas de Fulton; ser testigo indiscreto del encuentro entre doña Irma y un mito viviente llamado León Gieco, su huésped de honor en el hotel de Las Marianas; acompañar en Colonia El Balde a la maestra Mónica, “única habitante de un paraje que no figura en los mapas y que solo existe por la presencia de la escuela”; o amanecer entre los 4.000 árboles frutales de Stella Maris en Pardo que en sus mañanas de arcoiris prepara las más ricas mermeladas del pueblo. Todas ellas y otras más gozan del prestigio que merecen por valientes, ingeniosas y “laburantas”. Ya no son la mitad invisible de la historia, sino las protagonistas de este tiempo porque están haciendo la “revolución silenciosa” y se levantan cada día resucitando sueños.

Hay detalles que nos devuelven a la vida, como el instante en que doña Ñata corta la conversación y señala el colibrí que la visita cada mañana en Villa Lía, un pueblo donde renace el turismo rural, en cuyo mismísimo museo los visitantes pueden dormir y ser por una noche,

parte de la historia; una posibilidad fantástica que dudo que ocurra en algún otro punto del planeta.

Leandro Vesco también sale al rescate de los parajes y pueblos que piden a gritos no desaparecer. En estas páginas conviven el escritor diáfano y el periodista curioso, pero sobresale el hombre sensible, buenazo y comprometido que se involucra donde más se lo necesita para amplificar las voces ocupadas en salvar su lugar en el mundo, que no quieren vivir ni morir en el olvido. No lo merecen. Así lo demuestran la caminata con el “Negro” Collins por las calles de Ernestina, el pueblo que tiene un teatro de 1938 que se fue vaciando de artistas y de magia, o el encuentro con Nelly, que un día vio que los religiosos le dejaron las llaves de la capilla y la “bautizaron” guardiana del templo. Son crónicas donde el silencio, así en el teatro como en la iglesia, retumba tanto como las voces de sus vecinos. ¡El espacio del prólogo siempre es acotado para todas las personas y lugares que quisiera destacar!

Imposible pasar por alto la deliciosa experiencia gastronómica. Se estima que en la provincia quedan unas 50 pulperías y almacenes de ramos generales. Leandro tiene el privilegio de haberlos visitado a todos. ¿Cómo privarse del aperitivo con maní en Lo de Tarugo, el guiso de mondongo en el Bodegón Ruter de Chicote, el pastel de carne de cerdo de Puesto El 17 o las recetas que proponen “un viaje sensorial por platos que en sus aromas cuentan historias” en el Bar de Tato?

De norte a sur y de una punta a la otra este libro nos lleva hacia la frontera misma de esta provincia gigante, sorprendente y hasta misteriosa. Nuestro autor es un intermediario de lujo que ha visitado más de 300 pueblos con la noble misión de avisarnos que existen, que están vivos, que despiertan o resucitan echando mano al mejor de los recursos: el trabajo. Vecinos porfiados, resistentes, bien plantados y con el propósito claro de no dejarse arrasar hacia un destino de abandono.

LEANDRO VESCO

Pasen y lean. En cada capítulo descubramos cosas simples que fuimos perdiendo, pero aún estamos a tiempo de recuperar. Hacerlo es tarea de todos, un compromiso colectivo donde cada uno hace su parte. Leandro Vesco lo resume en siete palabras: ¡la vida necesita tan poco para germinar!

MARIO MASSACCESI



PUEBLOS ENTRAÑABLES



PIÑEYRO, UN PUEBLO REFUNDADO POR UN CLUB

La ruta provincial 67, en este tramo de tierra, pasa y corta en dos el pueblo; las camionetas lo cruzan a velocidad, levantando una polvareda que le agrega nostalgia a la postal: de un lado la estación de trenes y del otro la escuela, el almacén de ramos generales y el Olimpo Football Club. Piñeyro tiene menos de treinta habitantes, pero su corazón late fuerte: Sergio Dean y un equipo de soñadores se ha propuesto refundarlo de la mano del club. Conozcamos su sueño.

Llegamos al pueblo al amanecer. La dorada luz solar refleja tonos esperanzadores, las sombras se hacen largas a esta hora, pero se trata de sombras con fuerza, que abandonan el frío de la noche para pasar a la tibieza del día. Sergio es ingeniero agrónomo y ama la tierra donde nació; si le dieran todo el oro del mundo, lo rechazaría: su padre, quien trabajó toda su vida en el club, antes de irse a un mundo mejor, le dio una herencia, acaso la mejor que un hijo pueda recibir, además de la honra y el don de gentes. Le dijo: “No me abandones el club”. Por eso su mayor riqueza la alcanzará cuando el club haga revivir a Piñeyro, este pueblo que se asemeja a una ilusión. En el aire algo nos dice que falta poco para que eso suceda.

Sergio nació en el pueblo y vivió su infancia a un costado del club; su madre fue la directora de la escuela y su padre siempre trabajó en el campo y apuntaló el club. “Antes, el pueblo era otro, había dos talleres. Llegaban los frutos del país, cueros, lanas. Estaba el almacén, completo, con ferretería y despacho de bebidas. Llegaban las revistas;

mi mamá me mandaba a comprar el *Anteojito* y *La Nación*. Pasaba el tren, paraba, dejaba cosas, encomiendas, y después seguía; había mucho movimiento, y en el centro de todo estaba el club. Acá se festejaban las fechas patrias, los cumpleaños, la Navidad y el Año Nuevo. Antes la gente no viajaba y todo lo hacía en el pueblo”.

En aquellos años, nuestro país creció desde adentro hacia afuera; la fuerza, el motor y el eje se movían porque en los pueblos como Piñeyro se producía y se trabajaba de sol a sol, pero esto no impedía que las fiestas se hicieran y el goce era puro y simple.

La historia de la familia de Sergio es una muestra de cómo se hizo esta tierra que se identifica bajo el nombre de Buenos Aires. Su bisabuelo vino desde Lugo y, como todo gallego, escapó corriendo de una hambruna sin igual. Se aquerenció en Líbano, partido de General La Madrid, a pocos kilómetros de aquí, y un paisano le prestó dinero para comprar 800 hectáreas, que pagó a los seis años. “Venían de España de pasar hambre y de repente se hacían de 800 hectáreas de campo. El bisabuelo y el abuelo tenían fábrica de quesos. San Leoncio era el nombre del queso”. Él fue fundador del club y aquel campo aún lo tiene la familia, algo más chico. Aquella gesta emociona a Sergio. “La gente vivía más en el campo, las estancias tenían mucho personal, y todos vivían con sus familias, entonces los niños iban a la escuela, el almacén se llenaba, las calles del pueblo estaban con gente”, manifiesta mientras detrás de él, por un gran ventanal, la escarcha de este invierno duro le regala una imagen desesperanzadora: Piñeyro y la soledad.

Ese proceso que puede llegar a ser frío e inhumano, llamado “progreso”, llegó al pueblo, es historia sabida: la baraja pasa de mano, se va el tren, aparecen el camión, las rutas, y sobrevolando todo, siempre, el abandono del Estado. “El productor chico no ha podido subsistir. Con 70 hectáreas, a una familia tipo con dos hijos se le hace difícil

subsistir, y entonces es más rentable arrendar el campo o venderlo. Los chicos dejan el pueblo y son muy pocos los que regresan; cuando me fui, yo lo hice con la convicción de volver. Acá se trata de no perder la identidad”, se atrinchera Sergio.

Los casi 30 habitantes del pueblo saben que pertenecen a otro tiempo, y forman parte de la familia y la realidad rurales. Sergio ama el campo, es consciente de que estas pequeñas comunidades tienen la clave para que nuestra sociedad sea más justa. “Me invade una tristeza muy grande cuando veo un campo abandonado, tranqueras tiradas, alambres rotos, una casa cerrada de donde debería estar saliendo humo de la salamandra. Económicamente mi campo no me conviene, a lo mejor debería dedicarme a mi profesión y quizás hasta venderlo. Pero yo sigo con lo que se hizo toda la vida en el campo, tengo mis animales, tengo mis cosas. Muchas veces lo he hablado, y cuando me cuestionan, digo: ‘A vos te gusta viajar por el mundo y a mí me gusta mantener el campo’”.

Su trabajo es recuperar el club, que le dará a Piñeyro movimiento y proyectos. Para que esto suceda, pone el foco en los niños. “Acá adentro, cuando hacemos fiesta, hay 300 personas; cuando yo era pibe acá veníamos a jugar. ¡Tenemos que mostrárselo a los chicos! Hace poco hicimos una cabalgata y fueron felices jugando y andando a caballo. No podemos dejar que el club se venga abajo, es importante que los chicos de la ciudad sepan que acá pueden venir a ver el sol, a mirar el horizonte”.

La idea de refundar el pueblo se completa con recuperar la estación de tren y el viejo almacén de ramos generales, que se halla cerrado pero en muy buen estado. “Hace falta que alguien con ganas venga a trabajar y que lo abra”. El lugar es único para quienes desean un cambio de vida. La gesta es grande para aquellos que eligen la vuelta

a las raíces. Como hace un siglo, está todo por hacerse, aunque con algunas etapas ya realizadas: hay caminos, conectividad y el beneficio de saber que en la gran ciudad la vida ya no es tan atractiva. Antes la quimera era poder algún día vivir en la metrópoli; ahora, aquello mutó y la seguridad de alcanzar la felicidad se encuentra en las pequeñas localidades como Piñeyro.

“Apurado no podés hacer nada”, advierte Sergio: los sueños se cocinan a fuego lento. Sabe que la gastronomía es la puerta por donde entran las posibilidades. “Es famoso el asado de Piñeyro”, afirma y al despedirnos nos revela el misterio: “El secreto de un asado: paciencia y tener tiempo; apurado, nada. Se hace a la cruz, con buena leña, de eucalipto. Hay leña que es buena para llama, pero no para brasa. Es necesario mantener una llama constante, con palos pequeños, empezar de lejos e ir llevándolo de a poco hasta el fuego. Esto se hace a ojo, manejando el fuego; tenés que estar tranquilo. La gente tiene que esperar hasta que el asado esté hecho, no se puede hacer un asado con horario”, concluye.

Afuera, la helada poco a poco se derrite bajo la amabilidad de un rayo de sol.

GERMANIA, UN PUEBLO MODELO DE LA FRONTERA

Germania podría separarse del mundo y no sentir ninguna consecuencia. Es un pueblo modelo. “Acá son todos brotes de un mismo árbol”, asegura Alberto Ocampo, el delegado municipal, caminando por la calle seguro de sí mismo y de su trabajo, mientras saluda a todo el mundo. Nada falta y todo está en su lugar: hay hospedaje, comercios abiertos y gente alegre comprando. Germania, que se encuentra en el partido de General Pinto, tiene centro de salud, servicios y, por sobre todas las cosas, las ganas de sus habitantes de permanecer allí. La pertenencia al lugar parece resignificarse en este pueblo al borde de caerse del mapa, donde la provincia de Santa Fe y sus modismos se sienten en cada conversación.

Es un pueblo de frontera. Nació así y lo sigue siendo. Para llegar a Germania hay que acercarse hasta el confín del noroeste de la provincia de Buenos Aires. Una llanura salpicada de neblina y desolación nos recuerda que estamos cerca del horizonte. El noroeste bonaerense tipifica un habitante distante de los rasgos que comprometen el perfil provinciano. La sensación de estar lejos del centro cartográfico y de toma de decisiones, y a la vez tan cerca del límite del mapa, crea un poblador resistente, que se apega algo más a las tradiciones y que siempre tiene la vista en el horizonte, en ese Finisterre pampeano que acompaña y contiene.

La ruta solitaria a veces nos muestra tranqueras con huellas que dan a estancias que se levantan como islas rodeadas de arboledas; las

enormes extensiones de tierra producen aquí la sensación de grandeza de la pampa gringa. No parecen tener fin el camino, ni el pastizal. Hasta que llegamos a una entrada custodiada por longevos e imponentes eucaliptos. Una estructura metálica ferroviaria es usada como plataforma donde poner el nombre del pueblo. Estamos en Germania.

Contra toda suposición, no hay alemanes en el pueblo. El nombre proviene de una antigua estancia que estaba cerca del primitivo case-río. En esta vasta llanura que rodea a Germania el campo fue un escenario ideal para la ganadería. Una empresa láctea le dio vida al pueblo, pero en la década de los noventa una multinacional la compró y luego la cerró, dejando sin trabajo y sin perspectivas a toda Germania. Aún hoy permanecen resabios de aquel cierre. “Hubo gente que trabajó más de sesenta años y quedó en las vías”, nos cuenta Alberto, quien también trabajó en la fábrica junto a su padre.

Germania tiene 1.400 habitantes, muchos de ellos entran y salen de la panadería, de la librería y del mercado y dan muestras de un pueblo muy activo. “Acá está Coco en su hábitat”, nos presenta al verdulero del pueblo, rodeado de verduras y frutas coloridas y frescas, que invaden el aire con azahares que marean al desprevenido acostumbrado a los productos sin sabor de la ciudad. Antes de salir nos despedimos de la cajera. “No tengo internet, prefiero tejer”, reconoce con alegría. Seguimos caminando; Alberto, quien además es el entrenador del equipo de fútbol local, nos muestra el natatorio municipal, grande, nuevo, pintado. “En verano es una fiesta, todo el pueblo viene a la pileta, todo totalmente gratis”, refiere.

La vida del interior posee el encanto de lo simple y allí vivir cuesta menos. La percepción que se tiene es que despertarse todos los días en un pueblo como Germania provoca tranquilidad y felicidad. Hay jardín, escuela primaria, secundaria, escuela agraria y un hospital con

todas las especialidades que necesita una persona para vivir sin tener que ir a la ciudad. “Abunda la paz”, reconoce Alberto mientras nos abre la puerta de la antigua librería del pueblo. “Casa de los primeros diarios del pueblo. Había que tener paciencia, pero llegaban”, afina sus recuerdos.

“Tenemos algo especial en el pueblo que nos hace diferentes. El tercer fin de semana de noviembre se hace la Fiesta de la Vaquillona Asada con Cuero germaniense”. La particularidad es que cortan al medio las reses y las asan a fuego lento durante toda la noche del sábado, y recién al domingo al mediodía las comen en medio de una fiesta multitudinaria.

De todas maneras, Germania no escapa a la realidad que se vive en el campo. “Han cerrado cerca de 40 tambos, cada vez hay menos mano de obra, la soja ha cambiado todo y ha enterrado todo”, reconoce el encargado de que todo en el pueblo esté funcionando. Ser delegado no es tarea fácil, porque es un trabajador que, cuando es bien elegido, resume el espíritu del pueblo y lo protege. Sus vecinos confían en él porque es uno de los suyos. Esa responsabilidad es grande y de tiempo completo.

Es mediodía y, como se acostumbra en los pueblos, es hora del vermú. Sagrada y cardinal, la rosa de los vientos traslada a los caminantes a las puertas del boliche El Paisanito. Si al entrar a un boliche lo primero que se siente es un silencio de misa, es porque el lugar reúne especiales características. Hay una mirada que se enfoca en nosotros y solo se ablanda cuando Alberto nos presenta a Hugo Gudiño, “El Paisanito”. Con un apretón de manos se termina el silencio y todo vuelve a la normalidad. “Envejecí acá”, reconoce sin resignación. Tiene ochenta y un años y hace cuarenta y siete que está detrás del mostrador. Su mujer, Delia, atiende el ramos generales que está al lado y es conocida

hasta Santa Fe por hacer las mejores y más sabrosas empanadas de la región, título comparable al de jefa de Estado. “Vienen a buscarlas de otros pueblos”, se enorgullece. Delia y El Paisanito se miran y sonríen, son compañeros de la vida, uno no se concebiría sin el otro. “Tenemos una mesa especial para las mujeres que vienen a jugar al chinchón los jueves”, nos señalan con orgullo. Estos boliches de campaña son tan necesarios como el flamante hospital: si este cuida la vida, los primeros contienen y sanan el alma.

Almorzamos en uno de los hoteles del pueblo, el Argentino, viejo pero digno. Sus baldosas tienen los pasos de miles de viajeros que han pasado por aquí buscando una cama salvadora antes de seguir camino. Nos atiende su dueño. El plato es fundacional: milanesas de ternera con huevos fritos, de yemas casi rojas. Un póster de una ciudad italiana, un mueble con revistas viejas y una guía telefónica, una planta que se mantiene a aire y los vidrios de colores de la galería recrean un espacio sofocado por historias. Somos pasajeros de un tiempo en el que los hoteles no tenían wifi y había que usar los dedos para discar buscando una comunicación que muchas veces moría en el intento.

El mundo actual no entra en pueblos como Germania. Enhorabuena que aún firmemos los libros de pasajeros en hoteles donde todavía podemos estar solos, sintiendo el olor a una comida que pronto será servida.

ARROYO VENADO, EL PUEBLO DEL ÁRBOL SOLO

“Somos pocos, pero buenos”. Así nos recibe Eduardo Nuesch en la entrada de Arroyo Venado, en el partido de Guaminí. En este pueblo, un árbol ha sido declarado patrimonio cultural y forma parte de la identidad más profunda de esta comunidad que se encuentra dividida en dos por las vías del tren, que hace mucho no pasa pero dejó marcas en la sociedad; en el medio, la estación, y en cada rincón, un puñado de casas que rodea un camino de tierra viejo como el pueblo, calle principal de ambos lados de esta localidad. “Esto es el lado de acá y el de allá, allá; así es Arroyo Venado”, describe Eduardo. La lógica de los pueblos orchestra una cartografía que antes que científica es emocional: las vías del tren son un ecuador que corta el infatigable ventarrón.

A menos de 20 kilómetros de Guaminí, por camino de tierra, a lo lejos, se ve el Árbol Solo, y pocos metros más allá de él está el pueblo. Es la referencia para los locales. La historia cuenta que un gaucho levantó su ranchito a un lado del tronco de este verdadero tótem natural, que se yergue en el medio del camino de acceso a la localidad, solo y en actitud venerable. El árbol, más que una planta, como son llamados estos en los pueblos, tiene rasgo de “ser”.

El inmenso eucalipto fue entonces el refugio de ese gaucho que halló bajo sus ramas algo de compañía para hacer más pasable la soledad pampeana y su clima a veces tempestuoso; aquel paisano partió un día y el rancho fue ocupado por otros hasta que el tiempo y el monte se lo llevaron y solo quedó la referencia sensible de haber sido casa y

compañía. Desde entonces, el Árbol Solo es un habitante más de los 87 que viven en Arroyo Venado. “Para nosotros, es más que un árbol, es una referencia, porque se ve de muy lejos, y cuando lo vemos por el camino, ya nos sentimos en casa”, dicen por acá.

Desde el patio de la escuela en la que trabajan Marisa y Griselda Trecco, hermanas, se ve el inmenso horizonte pampeano y la laguna del Venado. El sol, una moneda cenicienta, tiñe de dorado los pastizales. Los árboles que se inquietan al atardecer y los juegos del jardín toman un tono de nostalgia y esperanza. Uno de los chicos se fue para el monte. “Ya va a volver”, se resigna Marisa. Cómo decirle “no” a un niño que tiene un mundo entero para él solo, tanto pasto, tanta tierra y toda la vida allí, tan viva. Los juegos son simples: subir a un árbol, cazar alguna rana, correr a un perro o las escondidas. Los niños en un pueblo tienen un patio en común: el pueblo mismo. Antes de la escuela y después de ella, el pequeño grupo de nenes y nenas corre con la felicidad como compañera inseparable.

Las maestras me llevan hasta la estación de trenes, que está en perfecto estado. Es el orgullo del pueblo. Funciona aquí la Biblioteca, que dispone de un catálogo admirable; la atiende María Eugenia. “Los chicos acá pueden hacer lo que quieran, pero primero tienen que terminar la tarea”. A la escuela concurren 30 chicos, y todos en procesión van a la Biblioteca, aquí les preparan una merienda y ellos, contenidos por el suave murmullo de las historias de los libros, sueñan, se forman y crecen. El tren ya no pasa por Arroyo Venado, pero los libros permiten hacer viajes, también.

Se oye el motor de un auto, que para de repente; baja Jorge, padre de Marisa y Griselda. Su rostro y su mirada tienen la marca de la pampa y de los caminos. Nació aquí hace ochenta y dos años, conoció a su esposa en un baile y jamás se separaron. “Esperábamos el tren los lunes

con nerviosismo porque traía el diario con los resultados de los partidos de fútbol; estaba todo el pueblo en el andén”. Recuerda con añoranza los años en que los trenes no solo servían de transporte, sino que eran el único medio por el que las noticias se trasladaban de un punto al otro del país. “*La Nación, El Gráfico, y para los pibes, Anteojito*”, enumera.

En el pueblo se siente una profunda identidad con esta tierra. Inés Rubio y Juana Ullan nos cuentan que el jardín de infantes se creó entre canción y canción, en uno de los bailes que se hacían en el Club San Martín. En la sobremesa, pensaron que sería muy importante que el pueblo tuviera jardín. Ahí nomás contaron los niños que había y al otro día fueron a Guaminí con la idea entre ceja y ceja. La encargada de Educación les dijo: “En una semana tienen que tener el jardín abierto”. Así sucedió y así es como en las pequeñas comunidades ocurren los hechos, de buenas a primeras: lo que hay que hacer se hace, así sea levantar una casa o crear un jardín de infantes. Inés, al recordar esos días, siente la melancolía de aquel tiempo glorioso en el que las cosas se hacían con más facilidad, aunque siempre con mucho trabajo: “No dormimos, pero en una semana ya teníamos a los chicos en el aula”, sostiene.

Las vías, entonces, quiebran al pueblo en dos: de un lado están el Club San Martín y la escuela, y del otro, el Blanco y Negro, la parte cultural y comercial de Arroyo Venado, como nos sugiere Eduardo, quien relata que en los años en los que, la moral se medía en los duelos, de aquel lado del pueblo vivían los radicales y del otro, los conservadores. Una noche hubo un baile de estos últimos y los radicales osaron entrar al festejo. “Los sacaron a los tiros. Todavía deben de estar corriendo”, dice.

Arroyo Venado es un pueblo con historias. Eduardo nos cuenta la del peluquero que tenía su local frente a la estación, al lado de la

pulpería de Narciso Zurita. En las pequeñas comunidades la peluquería es una institución de destacada importancia, y el peluquero, un personaje de enorme gravitación social. “Entrabas a las nueve de la mañana y salías al mediodía”, relata. El recuerdo lo llena de alegría. “Mientras te cortaba, se acordaba que había dejado algo en la cocina o cruzaba a la estación a buscar el diario. Un día desapareció por una hora y dejó al cliente con la tijera en la mano. Al rato lo fueron a buscar y estaba ayudando a parir a una vaca. Con el ternero recién nacido, volvió a la peluquería a terminar el corte”.

El otro pueblo se encuentra cruzando las vías. Allí están los dos almacenes, las casas nuevas, la plaza y el destacamento policial; también, el Club Blanco y Negro. “Un baile se hace acá y el otro, en el San Martín; nos vamos turnando”, explica Norberto Iriarte, presidente del club y almacenero. Con cara seria, aprueba esta disposición. En la misma calle, dos perros corren a unas gallinas que osaron penetrar territorio canino. El esqueleto de un viejo almacén de ramos generales con sus surtidores sobresale entre los yuyos. Un grupo de casas construidas hace poco configura un nuevo barrio en el pueblo; con su diseño municipal desentonan con respecto al bello patrimonio del pueblo, donde el paso del tiempo ha pintado los ladrillos de un ocre peculiar.

La tarde se nos cae y Arroyo Venado se acomoda de a poco para la cena. Un gurisito que apenas camina echa a los gritos a esas mismas gallinas que vienen perseguidas por los perros y que quieren meterse en su casa. Eduardo nos acompaña hasta el Árbol Solo para que lo veamos con el resplandor lírico del último suspiro solar. Las primeras luces del pueblo se encienden a lo lejos. Eran pocos, pero buenos; tenía razón.